EL ÚLTIMO AFRANCESADO

Guillermo Francisco Salvador Saldarriaga

Image not found.

Capítulo 1

El último afrancesado

Nada es más gracioso que una persona se pare frente a ti, te salude y te mire por varios segundos y más aún que siga con la boca abierta soltando una andanada de lisonjas y requiebros y uno no diga nada, o quizá solo algo, y luego se esfume rápidamente. Ese día Gabriela, mi mujer, se rio cuando terminé la última frase. Eran las 7pm , ella estaba echada en la cama, llevándose un tequila a los labios, con una bombacha amarilla y un camisón blanco, en medio de un film que la dejaba como estatua, cuando de pronto su voz estalló, sus mejillas se volvieron rojas o a punto de volverse rojas. El marasmo en sí se había disipado, sin embargo para los demás seguía intacto o al menos eso creía.

Antes de las 11pm, con Gabriela nos fuimos al D´Angelo, a solo media cuadra de la plaza mayor, donde no solo se preparan spaghetti y fetuccini sino que había un espacio también para las pizzas. Aquí nos atendió un tipo regordete, de finos bigotes y con una gorra blanca a la que tenía que desenrollar bien para evitar que sus orejas se cubran.

Nos trajeron una pieza mediana con queso y tocino para los dos. Gabriela se comió más de la mitad. Yo casi no toqué mi parte. Bebí dos martinis, el último cuando justo el ambiente se estaba volviendo desolado.

Ya afuera, frente a la catedral y a escasos metros del archivo general, saqué de mi saco un Lucky amentolado. Tenía entre tres o cuatro, no lo recuerdo. Gaby me pidió uno. Nos paramos en las rejas de la catedral. Nos abrazamos. Pegado su frente a mi mentón casi igual como hace dos años cuando nos conocimos en Notre Drame. Porque sí, había ido a Notre Dame, exactamente había viajado a París para el master en Lenguas Romances. La verdad que no fue fácil llegar allí. Tenía la beca que había ganado con mucho sudor y esfuerzo tras cinco exámenes con otros noventa y nueve competidores.

Durante varias semanas, por no decir meses, limpié pisos, lavé platos, vendí helados, pinté casas y por último terminé aseando a perros malhumorados de familias adineradas. Luego un día, un día en el que ya no recuerde más, y tras haber ahorrado lo suficiente para la bolsa de viaje, muy temprano y sin decir adiós, me fui en avión. En Charles de Gaulle me esperó Stefano, un tipo fornido, de cabellos largos, con barbilla en el mentón, fan de AC/DC, natural de Talcahuano que había llegado a Paris dos años antes por circunstancias parecidas. Conocí a Stefano hacía cuatro años gracias a Diego, un vecino, excelso periodista que aun labora

en el Tiempo de Trujillo.

Al principio me hospedé en su cuarto. Cuarto no muy amplio lleno de graffitis, sillas desordenadas y donde la marihuana y el vino estaban a la orden del día. Yo no era adicto a la marihuana como mi amigo pero la primera vez que la probé, un viernes en la noche, quedé despierto hasta el día siguiente. Stefano era pintor aunque en realidad lavaba platos y fungía de mozo cuando era necesario en un restaurante parisino. Por desavenencias duré poco tiempo allí. Él estaba en contra del academicismo. Mejor no estudies, huevón, me decía, la vida vale mierda. Varias veces me lo dijo, hasta que un día no aguanté más, alisté mis cosas, tenía dos maletas y una mochila, él estaba laborando en el restaurant parisino. Me fui.

Luego terminé en la casa de la madrina de mi hermana a quien por obligación llamaba tía: Raquel le decían, era una mujer escuálida, de cabello esponjoso y rostro de gato. Vivía en el boulevard Saint Michel, cerca de una tienda de relojes y repostería. Me acomodé en el segundo piso donde tenía una habitación con cortinas sucias (ese mismo día en la mañana las lavé), un piso ajedrezado blanco, con figuras de tréboles moradas y un catre de dos plazas (evidentemente compré el colchón pero recién a los tres días, al principio dormí en un colchón prestado, algo gastado, por cierto, creo que de un vecino o tal vez amante de ella).

A la semana de estar allí me encontré con su sobrina. Se llamaba Gabriela. Fue durante la comida. Me senté junto a ella. Era alta, algo robusta y con los ojos vivos. Estoy en el último año de cine y teatro- me dijo en la primera salida. Esa vez recorrimos el palacio de Louvre, aún me sobraba unos cuantos billetes de la bolsa de viaje. Esa tarde quien habló más fue Gabriela. Me sorprendió su locuacidad.

¿Sabes por qué me pusieron Gabriela?

No.

Por Jorge Amado. Lo has leído me supongo.

Mentí. Gabriela, canela y clavo nunca la había leído, aunque al día siguiente la busqué desesperadamente en las librerías de viejo cerca del Sena. Cuando la adquirí, la leí de una manera voraz, más que todo por saber sobre la historia del autor brasileño, que tal vez me serviría para una tesis más adelante, en vez de descifrar el porqué del nombre de Gabriela. A la segunda vez, muy cerca del Jardín del Luxemburgo, la agarré de los brazos y la besé, por lo que recibí un duro rasguño en la mano izquierda.

No me vuelvas a hablar nunca más. Ok.

Al mes, luego de aprobar el primer examen en el master y tras un par de tazas de café con unos condiscípulos, la vi de nuevo. Tomaba fotos a Notre Dame, cuando en eso clavó los ojos en mí. Iba vestida de un conjunto violeta y tenía el cabello amarrado en forma de coleta. Me miró fijamente, cuando en eso empezó a caminar hacia mí. Pensé que pasaría de frente o tal vez me iba a gritar pero al contrario, me ofreció un Gauloise. Quedé perplejo. Por unos segundos nos quedamos mirando. Hablamos. No recuerdo muy bien sobre lo que hablamos. Tal vez fue de Notre Dame, Víctor Hugo, Gauguin, El Louvre, El Quartier Latin o el famoso mayo del 68 que tanta repercusión tuvo en la vida francesa durante esa época. Luego se pegó a mi pecho. Sentí sus manos pegándose a mis manos. Y sus labios juntándose hacia mi boca. Así empezó todo con Gabriela. Y también con la pluma. Porque en las horas libres que me daba el master había pergeñado una serie de cuentos y una novela corta con la esperanza que alguna pequeña editorial los publicara. La novela era una suerte de ajuste de cuentas con mi pasado y al mismo tiempo un intento por emular a los maestros: Faulkner, Flaubert, Vargas Llosa, Kafka y Céline. Recuerdo que en una de las reuniones en el cuarto de Gaby, uno de sus amigos, cogió mi folder y encontró mis textos. Era un tal Jhon, quien bebía una cerveza y tenía la cara llena de humo. Sabía algo de él, era natural de Buenos Aires aunque radicaba en Paris desde hace tres años, tenía 25 años, dos años menos que yo, se ganaba la vida editando videos y realizando diseños por cuenta propia, asimismo sentía fascinación por los graffitis y la fotografía, le encantaba también la literatura. Me sorprendió, que no fuera fan de Borges, Cortázar o Sábato. A Borges no lo entiendo, che, Cortázar es un Poe trillado y Sábato es un enfermo que la verdad me irrita, carajo; en cambio Herman Hesse, Henry James y Juan Marsé eran solo adulaciones como me dijo la primera vez que nos conocimos en un café del Barrio Latino. El lobo estepario, Otra vuelta de tuerca y La oscura historia de la prima Montse son de la puta madre. Sin embargo con menos entusiasmo se expresó ese día cuando agarró mis cuartillas y leyó las narraciones.

Che, no está nada mal – dijo luego de comer unos croissants y mirándose al espejo.

Me aconsejó que los cuentos los plasmara en un guion y de esa forma se podía filmar algunos cortos o quizá un largometraje.

¡Un largometraje!- dijo Gabriela- pero si nunca hemos hecho eso, con las justas un par de cortos y un videoclip que quedó desastroso.

Nosotros no, pues piba,- dijo Jhon- lo puede hacer Henry Gerard.

¿Y quién es ese huevón? - dije

Un descendiente de gringos quien colaboró para Prince Star- respondió Jhon.

¿Prince Star?- dijo Gabriela

¿Ese que ganó el tercer premio en Marseille? – dijo Tom, otro de la promo de Gaby quien tenía el cabello revuelto y una mancha o quizá era un tatuaje en el brazo izquierdo.

Él mismo- repuso Jhon.

Pero si no tuvo acogida-dijo Gabriela- apenas si estuvo aquí solo unos días.

Eso no interesa- dijo Jhon- lo importante es que necesitamos gente con experiencia, tengo entendido que posee dos o tres cámaras, faltaría una vivienda o quizá el aire libre para rodar.

Esperamos casi un mes. Las clases en el master se habían vuelto frenéticas, lo que hacía que solo en las noches me dedicara a los textos. Bien, muy bien che, has mejorado – dijo Jhon cuando tuvo el guión terminado- ahora a hablar con Gerard. En efecto los cuatro fuimos a verlo. El tipo vivía en Montmartre aunque a veces hacía excursiones en Burdeos y Montpellier. Ese día lo esperamos media hora o tal vez fue cuarenta minutos. Cuando se nos presentó llevaba una gorra azul aunque me pareció negra. Era un tipo fortachón, de piel blanca, cabello de borrego, ojos verdes y un aire adolescente aunque solo nos diferenciaba dos o tres años de edad.

En un primer momento se quedó mirando a Gaby, parecía escudriñarla de arriba abajo, creo que le miraba más las piernas que las tetas, lo que provocó que endureciera las manos un poco, luego dijo: ¿Para qué soy bueno? En eso Jhon le alcanzó el conjunto de cuartillas, 30 o 35 más o menos. El tipo se llevó la mano al bolsillo derecho de su camisa cuadriculada y beige y sacó unos lentes. Se los calzó y empezó a hojear rápidamente algunas páginas. Mi corazón entonces se paralizó. Mis huesos parecían fragmentos de hielo. De pronto sonó la puerta. Cuando la abrieron surgió una silueta de casi 18 años, de cabello largo, negruzco con algunas líneas rojizas, frente amplia, buenas pantorrillas, que no paraba de sonreír y que a los pocos segundos terminó en los brazos de Gerard o mejor dicho revisando sus músculos o escudriñando sus bíceps. Déjenme unos días para leerlo bien, ok. Jhon se le acercó y dijo algo. Luego los cuatro nos esfumamos.

Nos esfumamos a comer y la semana en un abrir y cerrar de ojos pasó volando y ya estábamos lunes. Esa vez solo fuimos Jhon y yo. Era

mediodía y la neblina cubría todo París, al menos en Montmartre eso era más evidente. Un chiquillo de doce o trece años nos recibió. Tenía los ojos café, pecas en el cuello y llevaba una gorra roja. Se limitó a dejarnos un sobre manila y a decirnos adiós. Miré a Jhon. Luego abrí el sobre, ahí estaba el cúmulo de cuartillas bien anilladas pero con cierto rastro de polvo. Asimismo muy cerca se hallaba una pequeña hoja. Una carta – dijo Jhon. No sé si fue una carta, solo sé que el resto del día no comí nada. Y creo que esto último me lo reprochó en gran medida Gabriela. Vas a estar así solo por qué Gerard dijo eso, ni que fuera un crítico de excelencia. No dije nada. Me recosté en el diván cerca de mi escritorio, saqué el último Malboro que me quedaba y empecé a leer el material que me habían dejado en el master. Lo cierto es que leí y no leí. Luego me quedé dormido.

A los quince días acabé la primera etapa del master entre los tres mejores. Lo celebré moderadamente, aun sentía el escozor de tener las cuartillas en mi escritorio y no poder darlas a conocer al mundo. Sin embargo ese mes de intervalo volví a la carga. Si bien el sonido de la máquina, una Pentium IV con teclado, CPU y monitor algo gastados que Stefano me había vendido a precio de ganga, nunca supe donde lo había conseguido, molestaba a Gabriela, pero ya nada importaba. Bebía café aunque la mayoría de veces solo té o manzanilla. Cuando terminé el último relato, donde amor y venganza en paralelo se sumaban, me tumbé en la cama. Eran las 06 o 07 am. Sobre la mesa de noche solo había un cenicero y tres o cuatro colillas de cigarrillos y una taza de café. Cuando Gabriela llegó. Durante una semana había estado con su tía quien había sufrido de taquicardia. Le pedí unos billetes.

¿Para que los quieres?- dijo ella- ¡Para más café, para más cigarrillos! Si aquí tengo muchos.

No tontita- le dije- es para un viaje.

Ella alzó las cejas. Me quedó mirando.

Por varios segundos sus ojos parecían llenos de ascuas. Luego fue una sucesión de voces que hasta hoy recuerdo. Acentos mezclados con improperios que terminaron después en la cama en medio de gritos y movimientos frenéticos que nos hizo saltar los poros y quedar tumbados hasta el mediodía.

Al día siguiente me volví a encontrar solo, aproveché entonces para volver a la universidad: debía hacer los trámites necesarios para la renovación de la beca.

Salí a las 10 am y volví cerca a la 1.pm o quizá menos. Me encontré con

dos condiscípulos que se hallaban en una situación parecida.

Nos reímos y llegó un momento que renegamos de una rubia escuálida, ojos de pez y pecas en la cara quien se abstenía de atendernos. No tiene sus copias, señor, sin ellas no puede haber renovación. Salimos del edificio. Volvimos luego de una hora. Lalo, uno de los dos, cuando terminamos, escupió al piso y dijo: ahora me van a descontar en la editorial. ¿Estás trabajando de corrector de estilo o articulista?- inquirí. Nada de eso- llevándose un pucho a los labios – estoy de traductor. Buen trabajo te has conseguido, provecho-dijo el otro, de nombre Luis. Ni creas, aún sufro con el inglés y también con el español. Jajaja. Luego los tres nos despedimos.

Al día siguiente, quizá fueron dos o tres días después, hablé con Lalo. Lo llamé muy temprano. En París garuaba. Desde el auricular escuche un bostezo. Luego me dijo algo y corté. La verdad que con Lalo no tenía tanta confianza. Durante el master se me había acercado porque no atinaba muy bien en el español. Era algo muy complejo para él, casi como una tortura. De ahí no hablábamos nada más.

Ese día me esperó en una puerta de lunas polarizadas en Champs Elisees. Luego de saludarnos, se paró frente a mí, abrió la boca, dijo algo que ahora no recuerdo y se esfumó no sé a dónde. Quedé un rato sobre un diván marrón ante la mirada atenta de un tipo pelado con canas en los costados. El ambiente parecía agradable con sus anaqueles poblados de revistas, libros, diccionarios, periódicos, retratos de Cioran, Conrad, Gauguin y Picasso. Lo único defectuoso era el hombre quien tecleaba una computadora y a intervalos volteaba a verme. Cuando Lalo apareció, luego de casi media hora, me dijo que estaba excedido de trabajo. Mejor más tarde, en un café del Barrio Latino, te parece. En ese momento me dio ganas de tirarle el sobre manila en la cabeza. Murmuré algo. No sé qué. Antes de salir nos paró un tipo gordinflón, de saco y corbata beige. Sus ojos eran tan grandes que parecían a punto de reventar. Me quedó mirando muy fijamente. Luego dijo con una voz muy grave: ¿Y este caballero, quién es, Julián? Así se apellidaba Lalo, Lalo Julián, un amigo de la universidad. La voz sonó tan rápida como si no quisiera dar más explicaciones. ¿Otro traductor?- dijo. No señor – dije – más bien seré profesor, profesor, señor. El tipo me observó de arriba abajo. Hasta ese momento nadie me había escudriñado de esa manera. Sentía como si en mi espalda se formara un charco de agua y en el resto de mi cuerpo desfilaran un millar de ríos y lagunas. Cuando el hombre volvió a abrir la boca, dijo: ¿Y eso, qué es? En el brazo izquierdo llevaba el sobre manila que aún no había puesto en el morral. Yo no dije nada. El tipo me quedó mirando, lucía un mostacho bien poblado y una nariz de tetera con algunos pequeños puntos negros, había torcido la boca durante unos segundos cuando entonces se me acercó y me arranchó el sobre. Una decena de cuartillas inundaron el piso de parquet en esos momentos. El gordo tenía el resto. Lalo y yo nos agachamos para poner fin al desorden,

cuando el gordo dijo algo, algo que en verdad crispó mis nervios: la voz mencionaba una serie de diálogos que yo sabía muy bien. Luego pasó a una hilera de descripciones que me dejaron con un nudo en la garganta. En eso se hizo un silencio. Un silencio que no entendí. Luego el tipo clavó los ojos en mí, y terminó por quitarme las cuartillas que faltaban: eran las primeras páginas de las cien que había traído. Pronto dijo un nombre. Un nombre que él miró con sus ojos de lechuza y que aún desconocía.

Lima, 29 de setiembre 2016